

1988

## Esa vida que es una guerra

Resurreccion Espinosa

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Espinosa, Resurreccion (Otoño 1988) "Esa vida que es una guerra," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 28, Article 14.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss28/14>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [elizabeth.tietjen@providence.edu](mailto:elizabeth.tietjen@providence.edu).

## **RESURRECCION ESPINOSA**

### **Esa vida que es una guerra**

Dedicado a los muchachos de Andalucía

Míralo, a la hora en que el pueblo abre los ojos al cuchillo del sol, él ya está allí, en la esquina de la plaza, su puesto entre los otros puestos, listo para la lucha, rendido. ¿Quién lo vio salir a la vida desde el secreto de su lecho? ¿Quién lo vio montar el tenderete? ¿De dónde sacó los hierros, la lona, la turbia frente? Su piel es oscura, como su ceño. Pequeño de estatura, de músculos finos, de vez en cuando su cuerpo se abulta para enseñar orgullosos lazos de acero. Se acerca al mundo con un sentimiento que parece rabia, y que es arrojo, fuerza, valentía mal dirigida. Los ojos son negros, y, cuando te miran, sientes la tristeza del presente que desperdicia tanta luz allí contenida.

La calle se llena de compradores, de ruidos, de cuerpos que arrastran almas ausentes. El ya ha ordenado su mercancía sobre la ancha mesa: como un homenaje a la simetría se extienden las muchas cajitas negras e incoloras, todas con cuerpo de plástico, todas con nombre extranjero. Y, en medio, la máquina casera tan obediente, enseñando su barriga abierta, con sus muchos hilos mal puestos, con su corazón triste y grasiento. Y él, con esos dedos que parecen el ajuar que Dios juntó para el hombre trabajando de sol a sol a lo largo de los siglos, con esos dedos él aprieta el botón que él mismo atornilló — y todas son piezas acumuladas aquí y allá de

aparatos malos de contrabando —, y surge la magia: el espacio se llena, si no de melodía, sí de algo, de cualquier cosa que ahuyente el silencio de las horas vacías. Lo que él vende.

"Another one bite the dust..."

Funciona. Son las diez y media, las once, y él enciende un cigarrillo. Se pasea por el espacio a él concedido, seis pasos entre un borde y otro de la mesa. Y en el medio, se para y espera.

"...Let another one, another one..."

Las mujeres pasan con cestas rebosantes de pescado, tomates, cebollines. Los ojos lentos y descorazonados de ellas apenas si se posan en su puesto. Y él mira, cabizbajo, de reojo, el campo de batalla en que es herido continuamente, pero nunca muerto. Siempre herido, nunca muerto.

"...bite the dust."

Funciona. Y con sus dedos morenos, llenos de una fuerza que le duele a causa del ocio, aprieta el botón que restaura el silencio.

— ¿Cuánto eh? —, pregunta el muchacho con el cigarro colgando del labio y las manos en la cazadora negra, el muchachito joven que es igual, igual que él.

— Cuatrocientah —, responde con voz seca.

— Caro —. Y el muchacho sigue mirando. Acaricia con sus ojos golosos las cajitas iguales de color negro o incoloras, todas con cuerpo de plástico, todas con nombre extranjero. Y él se pasea por el espacio a él concedido, seis pasos de extremo a extremo. Abre una cajita, saca la cinta, la mete, la cierra.

— El Piri —, sigue el muchacho, — qu'ehta ahi m'ahbajo, lah da a tresientah.

Después de un silencio, él dice:

— Esah no son buenah.

Y al fin está otra vez solo.

Son las doce, la una. Tú que lo has mirado ¿sabes lo que él ve, lo que piensa? ¿Sabes si se mira los pantalones vaqueros, la camisa estrecha, y se pregunta cómo se hizo de ellas, cómo saciará sus ansias, dónde comerá su almuerzo? A las tres, todo es memoria, la historia de huecos y ausencias. Te cegó el alto sol de la tarde, y no viste qué se hizo de su mercancía, cómo dobló su mesa, cómo escapó con todo de ese espacio estéril a él concedido. No sabes si una muchacha ansiosa llegó, o un

camionero harto de camino, y le compraron alguna de esas cajitas incoloras y negras, de cuerpo de plástico, con nombre extranjero.

Al caer la tarde, cuando el aire fresco se acerca a tus mejillas y a las flores con el toque de un bálsamo bueno, piensas en él sumergido en otros tiempos. Después del trabajo en el huerto, sentado en el patio con otros hombres que saben de batallas y viajes, de la absoluta seriedad de verduras y animales, del temblor del alma cuando la voz del amor le habla. Y entre ellos un poeta, que es quizás guerrero, quizás alfaquí, quizás astrónomo o alfarero. Y de él dice un poema: que su cuerpo, al sembrar la tierra, es como el de un bailarín que *con sus variados movimientos, juega con el corazón, y se viste de encantos cuando se desnuda de ropas; ondulante como la rama entre sus jardines; juguetón como la gacela en su cubil. Con su ir y venir, juega con la inteligencia de los espectadores, como la fortuna juega como quiere con los hombres; y oprime con los pies su cabeza, como la espada bien templada, que puede doblarse hasta unir la empuñadura con la punta.* Cuando la mujer viene a servir vino siente la dulzura de su deber, y sonrle a esos ojos brillantes como carbones en la plenitud del fuego, a sus manos morenas como el ajuar dado al hombre por un Dios artesano y bueno, a su boca coloreada por su sangre antigua y rica.

Pero tú sabes que él va ahora en un coche viejo hacia el mercado de otro pueblo. Y él siente la vida como una guerra, una guerra en que él batalla solo, en que cada hombre es su enemigo, cada deseo su tragedia. Para él no habrá treguas, ni botines, ni trompetas de victoria, ni festín de vino, ni descanso con una dulce hembra, ni siquiera la claridad de una derrota concreta. Tú piensas en el "Romance del enamorado y la muerte", y dices, para ti, como si tú fueras la enamorada que quiere sacarlo del pantano de su destino:

*Vete bajo la ventana  
donde labraba y cosía,  
te echaré cordón de seda  
para que subas arriba,  
y si el cordón no alcanzare  
mis trenzas añadiría.*

(Citas de "El bailarín" de Ben Jaruf —Córdoba, c. 1220—, y de "El enamorado y la muerte" del *Romancero Anónimo Español*.)